realizar esa tarea de vulgarización... que el propio monsieur Baruzi, cuyo dominio de los temas capitales de la Mística europea merece los más efusivos y calurosos encomios.

Conste, por último, que quienes nos sentimos cordialmente ligados a la patria española en sus más nobles representaciones ideales, tributaremos siempre a labores de la índole de la aquí glosada nuestra más conmovida admiración. Ni nos preocupa que esos trabajos sean muchas veces realizados por extranjeros: aparte de que monsieur Baruzi no es propiamente tal en nuestra España, no estará de más advertir que en la serena región de las ideas ni hay fronteras, ni hay aduanas (1).

PEDRO URBANO GONZÁLEZ DE LA CALLE.

III

COMISION PROVINCIAL DE MONUMENTOS DE GERONA. UN PUESTO ROMANO DE PESCADORES EN LLORET DE MAR.

Noticiosa esta Comisión de que en sitio próximo a Lloret de Mar, al desbrozar terrenos cubiertos de monte bajo, habían dado

---

(1) Séanos lícito citar en nota la producción de nuestro autor, complementaria de la anteriormente glosada y aparecida con el siguiente rótulo: *Aphorismes de Saint Jean de la Croix. Texte établi et traduit d'après le manuscrit autographe d'Andújar.* Bordeaux et Paris, 1924. [Fascicule IX de la Bibliothéque de l'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques.] Las dotes de filólogo y filósofo, que hemos admirado en la obra magistral de monsieur Baruzi, aparecen con el mayor relieve acusadas en este precioso opúsculo, cuya lectura debe subseguir, más que preceder a la de aquélla. Aparte de la intrínseca valoración paleográfica y crítica de los textos publicados en los "Aforismos", podremos y deberemos muy especialmente encarecer el comentario filosófico de esos documentos, comentario tan sobrio como jugoso. Lealmente pensamos que de trabajos de la índole del mencionado en este lugar, se halla muy necesitada la Literatura didáctica española, pero no se nos oculta que no se puede glosar concisa y diáfanamente un texto más que después de haber penetrado en las más profundas intimidades de las concepciones del autor de aquél. Claro es que *casos* como el de monsieur Baruzi, por desgracia para la historia de la cultura hispana, no abundan. De todas suertes, permítasenos citar el ejemplo, testimoniando nuestro cordial anhelo de una efusiva e inteligente imitación. Y piensen los filólogos españoles si para realizar alguno de los *desiderata* sugeridos en estas líneas, les vendrá mal familiarizarse —tras cordialísimo trato— con la Academia y con el Liceo...

con gran cantidad de fragmentos de cerámica y otros objetos de tipo arcaico, nombró a los Vocales que suscriben para que se trasladasen a dicho lugar y en vista de las impresiones y datos que recogiesen, informaran sobre el valor que tal hallazgo pudiese tener para la historia de nuestra provincia.

En cumplimiento de tal encargo fuimos a Lloret, y allí, acompañados por don Enrique Botet, farmacéutico de dicha villa, que fué quien dió cuenta del hallazgo y guarda varios de los objetos recogidos al comienzo de la roturación del monte, nos trasladamos al sitio de referencia, la cúspide de montículo designado en las cartas marítimas con el nombre de *Punta de los calafates* y conocido vulgarmente por *El Turó rodó,* situado al NE. de la villa y a poco más de un kilómetro del núcleo urbano.

Tiene el montículo unos 70 metros de altura; en su porción NE. a SE. está bañado por el mar y las restantes se continúan en la tierra firme de los montes vecinos; en la parte meridional existe una caleta, obligado refugio de las barcas pesqueras cuando el levante agita las aguas de la playa de Lloret; de ella parten las rampas, de reciente construcción, que hacen fácil el acceso a la cima. Al llegar a ella, llama la atención una pared de piedras no sujetas por argamasa, ni elemento adhesivo alguno (figs. I-II). Las piedras allí acopladas, por su aspecto y consistencia revelan que han sido aportadas de otra zona, pues difieren en absoluto del granito, que constituye el único elemento geológico del promontorio y tierras vecinas.

En ninguna de ellas se notan vestigios de laboreo; sólo la cuidadosa superposición de ellas, formando pared; y la traza de éstas, limitando un recinto de planta trapezoidal, revelan el propósito de crear un refugio humano.

Dentro del precitado recinto afloran abundantes fragmentos de cerámica de tipo antiguo. No ha sido posible recoger un objeto entero.

Terminado el examen del recinto y mientras contemplábamos el bello paisaje que de allí se divisa, nuestro acompañante señor Botet nos manifestó "que al construír la rampa que se ve en la fig. III y preparar el terreno para la plantación de laureles y pinos, los trabajadores dieron, y esto lo corroboró el encar-

gado de las obras don J. Ros, que se había unido a nosotros, con dos huecos y en ellos restos de objetos quemados y abundantes cenizas, y en uno de ellos estaba enterrado, según referencia de los peones, un animal como una cabra, pero que tenía unos cuernos muy extraños, y también como cosa de un capazo de muelas y dientes de varios animales. Si bien el señor Ros les tenía encomendado que si daban con huesos o piedras de chispa los guardasen, creyeron que los huesos de un animal no valía la pena de guardarlos; haciendo chacota de la *bestiola,* la cabra rara, la volvieron a soterrar y esparcieron cenizas y dientes".

De retorno a Lloret de Mar y en el domicilio del señor Botet, pudimos examinar los objetos recogidos (fig. IV). El mayor lote son fragmentos de ánfora, *doliums,* vasijas de forma incierta, todos de cerámica basta (en la fractura se perciben los granos de arena entre la arcilla), con los caracteres de la cocida al aire libre en fogatas; hay *pondus* en arcilla más compacta. Merecen especial mención: I, un trozo de cerámica negruzca, de grano áspero, sin barniz ni brillo, con ranuras ungueales; II, un fragmento de vasija de barro rojizo, que tiene adherida una asa de estaño; III, una cuenta de collar? de barro, con adornos trazados con punzón, cuyo diseño de su tamaño natural se acompaña, y un gran número de piedras pizarrosas, negras unas y otras de forma ovalada (una sarta de ellas va señalada con la A en la fig. IV), de 20 centímetros en su eje máximo, agujereadas en su extremidad menor y de un centímetro escaso de grueso.

Dadas las características de los fragmentos; la existencia entre ellos de *pondus;* la cuenta de collar, de evidente procedencia romana; la abundancia de pizarras ovaladas, indudablemente destinadas a integrar un aparejo de pesca sumergido, teniendo en cuenta la antigüedad del recinto de la caleta, que, como tenemos indicado, es, aun hoy, el único refugio seguro para pequeñas embarcaciones, no es aventurado suponer que el refugio del *Turó rodó* en tiempos pretéritos de la dominación romana sirvió de vivienda a un puesto de pescadores.

Si bien es cierto que en la Geografía histórica no se indica factoría romana alguna en territorio de Lloret de Mar, no es inverosímil creer que la hubo, tanto más cuanto desde el últi-

mo tercio del siglo pasado, gracias al resurgimiento de los estudios históricos en nuestra provincia, se ha comprobado que en cada ensenada de nuestro litoral, desde Empurias a Blanes, existen vestigios de poblados romanos.

Si a ello añadimos que en 1891, al descubrirse un monumento sepulcral en término de Lloret de Mar (a un kilómetro al Norte del *Turó rodó*), dió motivo al preclaro historiador gerundense don Joaquín Botet y Sisó, que minuciosamente describió el sepulcro (1), para sentar que Lloret "fué una aldea rural (*un vicus*) perteneciente al término de la vecina ciudad de *Blandæ*, municipio de ciudadanos romanos, según Plinio, comprendido en la región de los *Laetanos* o *Laitanos*, o como quieren otros, de los *Lartholetas*, suponiendo que éstos formaban región aparte, con territorio propio, entre los *Laietanos* y los *Inviketes*, junto al río Tarnum o Larnum, nombre que los antiguos daban al Tordera actual".

Pero mientras nuevas excavaciones, cuidadosa y metódicamente realizadas, no aporten objetos enteros o grandes fragmentos fáciles de completar, para precisar su procedencia y conocer el uso a que estaban destinados, sería temerario afirmar si los moradores del habitáculo del *Turó rodó* eran anteriores o coetáneos de los que erigieron la incontestable sepultura romana.

* * *

Es muy de lamentar que la incultura de los trabajadores, enterrando de nuevo los restos de animales contenidos en los huecos que antes hemos mencionado, priven tal vez para siempre de conocer a qué especie pertenecía la *extraña cabra*, y de qué animales procedían las piezas dentarias que en abundancia hallaron. ¿La *cabra* era un cérvido? ¿Los dientes procedían de rumiantes, de equinos, de paquidermos?

Importante hubiera sido poder precisarlo, no por estimarlo como indicio de estación prehistórica (ni la topografía ni la geología permiten tal sospecha), sí sólo para orientarnos sobre las relaciones que con la fauna de la comarca tenían los habitantes del *Turó rodó*.

(1) *Revista de Gerona*, año XVII, enero 1892. "Monumento sepulcral romano en Lloret de Mar".

La pétrea cerca que corona el promontorio, ¿fué levantada para evitar irrupciones de animales salvajes?

* * *

Antes de salir de Lloret visitamos al señor Alcalde, a quien reiteramos el exacto cumplimiento de lo prevenido sobre hallazgo fortuito de objetos antiguos, indicándole la conveniencia de que se interese en reunir en la Casa Consistorial, y aun mejor en la Escuela, los restos hallados y los que en lo sucesivo se descubran, para inculcar en los niños el respeto que merecen las reliquias de sus antecesores, que son patrimonio del común y a la par ejecutoria de nobleza del pueblo que las guarda.

SANTIAGO ALMEDA.

JOSÉ PASCUAL.

MARTÍN SUÁREZ.

A la Real Academia de la Historia. Madrid.

IV

LAS LEYENDAS GEOGRAFICAS DEL PERU DE LOS INCAS

EL DORADO.

La leyenda del Dorado nació de simples decires —como nacen las leyendas— durante los primeros viajes que los españoles llevaron a cabo a lo largo de la costa situada al Sur de Panamá.

Las naves de Andagoya en 1522 y las de Pizarro en 1524, después de tocar en Puerto Piñas, en el grupo de las Islas de las Perlas, y sucesivamente en la bahía de San Miguel, deslizábanse, rumbo al Sur, al reclamo persistente del oro, manteniéndose a la vista de una poderosa cordillera aurífera: la de Chocó.

Los cosmógrafos de la colonia aplicaban desde aquellos días a aquella sección del continente americano el nombre de *Castilla del Oro.*

Oro es *choque* en la lengua aimara, y *ccori* en la quechua.